

# Lecturas críticas





# Un gigante en convulsiones\*

## Poética de lo otro\*\*

RESEÑADOS POR DAVID ESTEBAN MOLINA CASTAÑO\*\*\*

México ha sido, desde hace ya muchos años, un país de refugio; oleadas de españoles, chilenos, argentinos, salvadoreños, nicaragüenses y guatemaltecos –por mencionar los casos más conocidos– han arribado a este país, trayendo consigo sus bagajes culturales y las preguntas abiertas que les dejó la violencia en sus respectivas naciones. Los colombianos no somos la excepción; miles hemos llegado, siguiendo el mismo camino y con reflexiones similares. Los dos libros reseñados a continuación son intentos explícitamente antropológicos de resolver algunas de esas preguntas que ha dejado el conflicto armado en Colombia. Ahora bien, a pesar de que los textos se centran en el caso colombiano, sus reflexiones deben ser entendidas de un modo más amplio; ambos textos son exploraciones en torno a un tema capital en el momento actual de la historia mundial: el terror, fenómeno ya no abordado como el acontecimiento repentino de la caída de las torres gemelas en Nueva York sino como un elemento

de cotidianidad en la vida de millones de personas a lo largo y ancho del planeta.

### Los textos

El primero de los libros en cuestión fue elaborado por el antropólogo australiano Michael Taussig, a partir de sus frecuentes trabajos de campo en Colombia durante la década de los años ochenta. Luego de una primera publicación en inglés bajo el título *The nervous system* (1992), fue publicado por Gedisa, a mediados de los años noventa, con el nombre de *Un gigante en convulsiones: el mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, lo cual le ha garantizado una amplia difusión en el contexto iberoamericano.

El otro texto es resultado de una investigación sobre el desplazamiento en Colombia del antropólogo colombiano, maestro en *Peace and Conflict Studies* en el Centro Europeo de Estudios de la Paz (Austria), Alejandro Castillejo Cuéllar.

Su título es *Poética de lo otro: antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*, publicado en Bogotá a principios del año 2000. A pesar de contar con difusión en dicho país, por ser una publicación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) perteneciente al Ministerio de Cultura, en colaboración con el Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología (Colciencias), su difusión en el resto de América Latina ha sido limitada y se encuentra en espera de canales de intercambio académico más abiertos.

De modo que nos encontramos ante dos publicaciones con desigual difusión pero, como veremos a continuación, con una aproximación similar al problema del conflicto armado colombiano.

### Las temáticas

El trabajo de Taussig se nos presenta como una visión mucho más amplia (no circunscrita a Colombia, aunque constantemente hace referencia a ella) que el de Castillejo; su estructura global es la de una colección de ensayos, mientras que la *Poética de lo otro* se construye monográficamente. Sin embargo, ambos textos poseen como eje común el problema del lenguaje y la cotidianidad en la guerra. Como nos dice Taussig, recuperando al teórico alemán Walter Benjamin:

Si consideramos el mundo social de la manera tensa pero muy móvil en que Benjamin nos enseñó a hacerlo con su teoría sobre el constante es-

\* Michael Taussig, *Un gigante en convulsiones: el mundo humano como un sistema nervioso en emergencia permanente*, Gedisa, Barcelona, 1995, 259 pp.

\*\* Alejandro Castillejo Cuéllar, *Poética de lo otro: antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*, ICANH-Colciencias, Bogotá, 2000, 296 pp.

\*\*\* Antropólogo de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia) y estudiante del posgrado en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

tado de emergencia,<sup>1</sup> creo que podemos comenzar a comprender el flujo de poder que conecta el lenguaje del terror con el uso del desorden por medio de los asesinatos y la desaparición de personas. Esta comprensión requiere que sepamos manejarlos en un ambiente que fluctúa entre la claridad y la opacidad y que capturemos el espectro completo. Esto es lo que yo llamo la óptica del sistema nervioso, y mientras mucho de esto nos es transmitido con la idea de la normalidad de lo anormal, y particularmente con la normalidad del estado de emergencia, lo que debemos analizar –y esa es nuestra ventaja hoy, en este contexto, con *nuestro* lenguaje sobre el terror que impone automáticamente un marco referencial y un efecto de distanciamiento– son las violentas e inesperadas rupturas de nuestra conciencia que provocan esta situación...

Me refiero al estado social de contradicción en el cual uno pasa espasmodicamente de aceptar la situación como si fuera normal sólo para sentir luego el impacto del pánico o el choque de la desorientación por algún incidente, rumor, espectáculo, algo expresado o algo callado, algo que si bien requiere de un marco referencial normal para sacudirnos, lo destruye. Esto se hace evidente en la tremenda pobreza de las sociedades del tercer mundo y ahora también en el centro de ciudades norteamericanas como Manhattan; la gente cierra los ojos, por decir algo, pero de pronto suceden cosas inesperadas, algo dramático, emocionante o desagradable y la normalidad de lo anormal se hace evidente. Luego esto desaparece y permanece el terror como lo cotidiano, en un cambio de posición que se presta

tanto a la supervivencia como a la desesperación y al humor macabro (Taussig, p. 34).

Entre tanto, Castillejo nos ofrece su versión sobre el problema del lenguaje y la violencia, al señalar:

Colombia es un territorio donde se vive en un estado generalizado de silencio. Silenciar es una estrategia militar, y el silencio una táctica de supervivencia. Y no nos referimos solamente a los asesinatos ni a las masacres selectivas de gente que habita la “salvaje” periferia...

Esto resulta tan cotidiano, que incluso ya circula un discurso que sigue neutralizando la cercanía de la muerte. Es como si nuestra sociedad se rehusara a sentir la guerra “encima”, a suponer que eso es un problema de seres que habitan otros mundos. Porque lo que sentimos cuando hablamos desprevenidamente en la calle con el transeúnte desconocido o cuando revisamos los periódicos o las imágenes televisivas, es una tranquilidad ciega que nos dice que en Colombia lo que se vive es el “efecto” del “conflicto armado”. Ese mismo discurso que neutraliza permite que, además, un profesor de la Universidad de Antioquia sea asesinado dentro de la universidad y que el comentario de algunas personas sea, para repetir el patrón que con frecuencia se da, “si lo mataron fue por algo”. Es asignado a una categoría –la de ser investigador social– a la que se le ha investido un sentido –una supuesta posición política– en medio de este *texto social* que es la violencia. La muerte es una condena por un delito, una culpabilidad que sencillamente es producto de un intercambio de sentidos y símbolos.

Nuestra guerra, como todas las demás, se comporta como una profecía de autocumplimiento: siempre veremos en el otro, en su acto más cotidiano, un refuerzo de mi propia imagen de él, los signos últimos de su culpabilidad. Y este estado de ambigüedad es lo que nos hace a todos culpables en potencia de algo, “de andar por ahí buscando que lo maten”. Con el tiempo, lo único que se ha logrado es normalizar la muerte, asignarle una culpabilidad al cadáver y seguir reforzando el presupuesto de la *distancia* (Castillejo, p. 17).

La constante que encontramos en ambos textos es una relación conceptual entre la violencia y el terror con sus contrapartes sociales: el lenguaje, la neutralización y la normalidad. Ambos autores tratan con sus textos de señalar cómo el terror, al ser cotidiano, pierde su elemento de anormalidad y se le hace invisible. La pertinencia de esa mirada en el momento actual es innegable; llevamos casi dos años tratando de racionalizar los acontecimientos del once de septiembre del año 2001 y, entre tanto, el terror ha retornado a su estado cotidiano de las “víctimas usuales” (esos otros radicales para Occidente, como los iraquíes o los afganos).

Regresando a los textos, lo que encontraremos en ellos será la constante aplicación de estos conceptos en vías que se bifurcan: mientras Taussig, una vez conceptualizado el terror como cotidiano a partir de Colombia, no se queda allí y aplica este modelo en diferentes ámbitos geográficos (Perú, Australia, Estados Unidos y Europa), Castillejo, por el contrario, se adentra aún más en el caso particular de Colom-

<sup>1</sup> Taussig se refiere a la discusión adelantada por Walter Benjamin en su texto *Tesis sobre la filosofía de la historia*, que a la letra dice: “La tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de emergencia’ en el que vivimos no es la excepción sino la regla. Debemos ceñir nuestra concepción de la historia a este concepto. Recién entonces reconoceremos claramente que es nuestro deber provocar un verdadero estado de emergencia, y esto mejorara nuestra posición de lucha contra el fascismo” (cit. en Taussig, p. 27).



los negros, animalizar al otro tiene una significación ciertamente macabra si se le piensa como una forma de facilitar la negación de la humanidad de ese otro para lograr su exterminio. Castillejo nos ofrece un claro ejemplo de esto para el caso colombiano:

Finalmente, en esta cartografía imaginaria de la violencia hay un último elemento que es el que le da connotación de “violenta” a una zona. Es la multiplicación, como se mostró en el primer capítulo, de los difuntos cercanos o “lejanos”. Obviamente es un estado de guerra y debe haber muertos, pero resulta interesante, además de los personajes que ya hemos nombrado<sup>3</sup> y los que resultan más evidentes, reconocer *otros* a cuya importancia estratégica se relacionan con la muerte, el negocio de la guerra y la cartografía simbólica de las “zonas rojas”.<sup>4</sup> Nos referimos en concreto a la figura del “sapo”, siempre presente, y a la figura de la “mosca”: el primero, el bocón, el segundo, el mensajero de la muerte. Estos dos personajes integrados conforman la estrategia de identificación, el procedimiento de la categorización que genera la masa amorfa de los llamados “cadáveres”. Dejemos que el texto, que parece la parábola del sapo y la mosca, se explique por sí solo:

*La mosca es la persona que va y avisa. Es como la mosca que tienen las aves debajo del ala. Toda ave tiene una mosca debajo del ala. Los chulos son los que tienen las moscas con más alcance, porque un chulo*

*puede estar a diez kilómetros y cuando cae un cerdo la mosca capta inmediatamente el mensaje, viene y verifica. Por eso donde está el animal muerto están las moscas... la mosca es la que guía a las aves al lugar de la comida. Después llega el chulo a devorar. El ejército es llamado por la guerrilla “los chulos”.*

*Hay dos funciones diferentes entre la mosca y el sapo. Aquí está el sapo, viene la mosca y habla con el sapo. La mosca es la que tiene la facilidad, es más discreta que el mismo sapo, es la que tiene que estar yendo y viniendo. Cuando viene donde el sapo, éste le dice: “el tipo que estamos buscando está aquí”. La mosca inmediatamente va avisar a las personas que están interesadas y se viene encapuchada. El sapo es el informante, la mosca es la que va y avisa...*

*La mosca es la persona sucia. El sapo es el lengüilargo, porque habla más de lo que es, es bocón, y la mosca porque juega sucio, siempre está agazapada en los basureros. Las moscas se mantienen a una distancia en donde la lengua no los alcanza...*

Con esto se cierra el círculo sub-humanizante de la víctima y el animal, que en esta interacción simbólica es producto de la relación entre los personajes de la narración... El sapo, en beneficio del negocio de la guerra, finalmente es un fabricante de muertos, de difuntos, de víctimas. Y por ese servicio se lucra económicamente. Es el encargado de categorizar, de administrar el espacio social invadido por la muerte –y por el enemigo–, es, en el sentido más goffmaniano, el administrador social de una

alteridad en el contexto del espacio totalitario (Castillejo, pp. 179-180. *Cursivas en el original*).

Vemos así enunciado una serie de términos que permiten verbalizar un elemento presente en toda la situación: el terror. Ya sea en la Alemania nazi o en Colombia, la dimensión plena de la muerte violenta no puede ser expresada sin recurrir a algún tipo de eufemismo. Esto es lo que expresan ambos textos, aunque sus referentes espaciales y temporales sean tan diferentes.

### La cotidianidad, el terror y la palabra

En este fluctuar entre una mirada general (Taussig) y una particular (Castillejo) el lenguaje sigue siempre presente; vemos los eufemismos como el elemento clave que permite verbalizar ciertas acciones; las metáforas tienen aquí un valor teórico concreto, implican una tarea vital para la disciplina antropológica: la traducción.

Ambos textos nos muestran la necesidad de otorgarles interpretaciones académicas a las metáforas sobre el otro, a fin de conferirles una dimensión semántica más allá de la simple “normalidad” de los discursos donde se les utiliza; más aún si estas metáforas versan sobre el terror, pues éste siempre se oculta tras las palabras menos esperadas.

Todavía recuerdo mi asombro al tener que explicarle a un universitario mexicano el significado del

<sup>3</sup> Éstos son una serie de personajes relacionados con la personificación del *mal* en las zonas de violencia como Rambo (asesino siempre con las balas terciadas sobre su pecho); el vampiro (asesino que, supuestamente, chupaba la sangre de sus víctimas), el tigre (asesino que, supuestamente, descuartizaba a sus víctimas y comía algunos pedazos de ellas); también se habla de espacios, como los pueblos fantasmas (abandonados por masacres o actos de violencia similares), curvas peligrosas (sitios donde se arrojan cadáveres o ajustician personas), entre otros (Castillejo, pp. 169-179).

<sup>4</sup> El término *zona roja* se ha utilizado en Colombia para nombrar regiones o localidades con acciones militares de uno o más de los grupos armados ilegales que actúan en el país; a principios de los años noventa perdió parte de su eficacia heurística al generalizarse en casi todo el territorio nacional la presencia de dichos grupos. En los últimos meses ha retomado actualidad por la estrategia presidencial de declarar algunos departamentos (equivalente colombiano de los estados mexicanos) como *zonas de recuperación*.

término *limpieza social*, que en palabras de Taussig consiste en “ese increíble proceso en el cual los mendigos, prostitutas, homosexuales, travestis y todo tipo de habitantes de la calle supuestamente involucrados en el delito y en transacciones ligeras de cocaína eran sistemáticamente baleados con pistolas y ametralladoras desde motocicletas o camiones pick-ups” (Taussig, p. 41); cómo traducir algo tan cotidiano para mí, al punto que pensaba que era algo absolutamente “normal” en toda Latinoamérica.

En metáforas como las anteriores, *limpieza social* es un término que conforma el marco interpretativo desde el cual se configuran nuestras acciones cotidianas; el ser humano requiere generalizar para poder hacer aprehensible la multiplicidad de situaciones en las que se ve involucrado día con día. Estas generalizaciones son a las que Castillejo llama *tipologizaciones* y nos da un ejemplo basado en los propios *habitantes de la calle* de los que hablaba Taussig, de modo que el *tipo*:

...hace referencia a un sistema diferenciado de conductas y anticipaciones. Un grupo de personas que, a juicio de quienes de una u otra manera interactúan con ellas, configuran una “clase” y, por el simple hecho de pertenecer al grupo, tienen establecidas socialmente, en el mar-

co de posibilidades del horizonte social, un conjunto de comportamientos que les son “constituyentes” en virtud de su pertenencia a esa clase. El ejemplo más evidente puede ser nuevamente el “poblador de la calle”, el “desechable”.<sup>5</sup> Los “desechables”, cuyas historias son oscurecidas por la clasificación misma, son portadores de sentido, símbolos dentro de un texto social. “Desechable” es sinónimo de “violencia irracional”: el comportamiento del individuo es reducido a sus características “fundantes” –es decir, supuestas–... De esta manera, es posible que ante la conducta supuesta del “desechable”, que en mi imaginario individual puedo tener preestablecida como peligrosa, alguien decida conformar un escuadrón de la muerte,<sup>6</sup> anticipándose, según él, a la violencia irracional del otro. De esta manera el tipo, o los procesos de tipologización, son mecanismos para hacer aprehensible lo inaprehensible (Castillejo, p. 118).

En fin, las palabras no sólo sirven para comunicar; son a su vez motivaciones para la acción. Una de sus principales características es la de ser vínculos entre nuestras experiencias pasadas y nuestras acciones futuras. Así, en el caso reseñado por Taussig y por Castillejo, el terror pasado se reconfigura en generalizaciones a futuro sobre ciertos sujetos, transformando nuestras

angustias generales en algo o alguien ante quien podemos actuar.<sup>7</sup>

## Apuntes finales

Esta reseña comenzó enumerando una serie de países que conocen perfectamente las dimensiones reales del terror y la violencia, esto sin mencionar momentos históricos de terror generalizado como la Europa de los años treinta y cuarenta o el mundo de la guerra fría. El terror no es exclusivo de Colombia; pero esto no le quita mérito a los trabajos reseñados, por el contrario, con mayor razón debemos resaltar la importancia de estudios como los de Taussig y Castillejo; la disciplina antropológica se funda en la combinación entre las teorías generales y los casos particulares, lo importante es no perder el hilo conductor que permite que nuestras descripciones sirvan como referente heurístico en situaciones similares.

En los textos reseñados este hilo conductor es el lenguaje; un lenguaje utilizado, como nos dice Taussig, al modo del dramaturgo Bertolt Brecht, “para problematizar el aura de normalidad que sostiene el efecto de realidad de la esfera pública” (Taussig, p. 34), pues lo realmente terrorífico en este caso sería dejar el lenguaje a un lado y quedarnos sólo con el silencio.

<sup>5</sup> Término peyorativo utilizado en Colombia para referirse a los indigentes, aunque, dada su ambigüedad, puede incluir a pobres, homosexuales y, en ocasiones, a personas desplazadas del campo a la ciudad por la violencia.

<sup>6</sup> Los escuadrones de la muerte o grupos de limpieza social son organizaciones armadas creadas en Colombia (aunque también vemos el fenómeno muy claramente en Brasil y, probablemente, en Ciudad Juárez en México), con el fin de asesinar a los “desechables”. Recuerdo en especial a dos de los grupos más famosos en el Medellín de los años ochenta, cuando el fenómeno surgió con más fuerza: Amor por Medellín y La Mano Negra; aunque la Comisión de Estudios Sobre la Violencia creada en 1987, alcanzó a contabilizar más de treinta grandes grupos de este tipo (1987).

<sup>7</sup> Como nos dice Jean Delumeau, en su libro *El miedo en Occidente (siglo XIV-XVIII): una ciudad sitiada*, Taurus, Madrid, 1989, a la hora de conceptualizar la palabra miedo “puede llegar a ser muy efectiva la distinción que ha establecido en la actualidad la psiquiatría en el plano individual, entre miedo y angustia, antiguamente confundidas por la psicología clásica: el temor, el espanto, el pavor pertenecen más bien al miedo; la inquietud, la ansiedad, la melancolía más bien a la angustia. El primero lleva hacia lo conocido, la segunda a lo desconocido. El miedo tiene un objeto determinado al que se puede hacer frente; a la angustia se la vive en la espera dolorosa de un peligro tanto más temible porque no está claramente identificado; es un sentimiento global de inseguridad, por eso es más difícil de soportar que el miedo” (p. 32).